

Estoy convencido que este libro de Carlos Herrejón es, hasta el momento, su obra más lograda. No quiero desmerecer desde luego sus anteriores trabajos. La labor que ha hecho, por ejemplo, en el rescate y análisis de documentos y testimonios de personajes clave de la revolución -como Morelos, Hidalgo, Rayón y Victoria- es de suma importancia, y por ello Enrique Krauze ha dicho, con justa razón, que Herrejón es el “autor de las obras fundamentales de investigación primaria sobre la insurgencia”.

Me persuado, sin embargo, que el libro *Del sermón al discurso cívico* tiene, frente a otros suyos, una envergadura mayor. Es, por un lado, el resultado de una larga y paciente tarea de exploración del fenómeno del sermón, en tanto expresión más importante del discurso retórico, en una época de transición política y sociocultural. Es también una muestra de los atributos que han distinguido a Herrejón como historiador: inteligencia, erudición y buena prosa. En sus páginas el lector puede advertir, en efecto, el amplio conocimiento que el autor tiene de la tradición y la cultura cristianas, así como de las ideas y las mentalidades del siglo XVIII novohispano. Observará, de igual forma, la cuidada y elegante escritura, cuyo ingenio mueve a admiración pero no por eso la llamaremos barroca.

Pero antes que cualquier cosa, el libro de Herrejón es prueba palmaria de que estamos ante un historiador consumado, es decir, aquel que abre territorios nuevos que luego otros recorrerán con la seguridad que da la iluminación de las obras pioneras. Porque es en efecto un trabajo pionero. No es que el sermón novohispano y el temprano discurso cívico mexicano no hayan sido objeto de estudio con anterioridad. Ahí están las obligadas referencias de Francisco de la Maza, Ernesto de la Torre Villar, Roberto Moreno de los Arcos, Jorge

Alberto Manrique o Mauricio Beuchot, entre otros. Pero el libro de Herrejón se distingue por el tratamiento historiográfico que ha dado al sermón y al discurso cívico.

Hay para empezar un estudio integral y sistemático de la oratoria impresa. No un simple listado de sermones, no el interés en determinada pieza u orador, no su uso como una mera fuente de información. Encontramos, sí, unos útiles cuadros por autor, por año y por tema; encontramos también el análisis cuidadoso de prácticamente todos los sermones; y en ocasiones los datos que ellos ofrecen son objeto del beneficio inquisitivo. Pero todo ello integrado en una propuesta de interpretación que visualiza al sermón como fenómeno cultural propio y a su historia como un proceso de construcción y transformación de una cierta expresión literaria, cruzada tanto por las preocupaciones formales y de estilo, como por las de índole moral, religiosa y política.

El libro traza la historia del sermón desde mediados del siglo XVIII hasta su conversión -bien entrada la primera república federal- en discurso cívico. Herrejón propone para ello una periodización muy puntual y una tipología, en la cual quedan englobados los cambios estilísticos y de estructura discursiva, de valores y de ideas, de contextos políticos, culturales y religiosos. En suma, se ofrece aquí una historia cultural viva, como le llama el autor, en la que los sermones se han deconstruido de tal forma que acaban por revelarnos “modos de pensar, de imaginar y de decir”.

Muchos otros autores, además de los señalados arriba, han -hemos- trabajado con sermones. Durante la guerra de independencia, por ejemplo, el sermón fue un instrumento fundamental en la disputa propagandística, y por ello algunos de los sermones antiinsurgentes, insurgentes y trigarantes que Herrejón analiza en su libro los hemos conocido y leído. Sin embargo, hemos utilizado al sermón como fuente de información únicamente, y no como un artefacto cultural en sí mismo. Por tal razón, nadie, o muy pocos, habían advertido que el contexto bélico y la virulencia verbal que la acompañó influyeron en el cambio de signo de la tradición sermonaria.

Así, gracias al trabajo de Herrejón podemos apreciar los sermones de la guerra no sólo como instrumentos de lucha, o vehículos de ideas y propaganda, sino además como anuncios, en su carácter mixto religioso-político, del tránsito al discurso cívico decimonónico. Esta forma de considerar las piezas oratorias de la guerra, igualmente, es lo que ha permitido al autor señalar con claridad un asunto de capital importancia: que los orígenes de la tradición del culto patriótico no se encuentran en Carlos María de Bustamante como se ha dicho comúnmente, sino en los escasos discursos y sermones insurgentes.

Es éste, a mi juicio, uno de los principales hallazgos del libro de Carlos Herrejón, que pudo darse gracias a su perspectiva metodológica. Es decir, al acometer la historia del sermón desde sus orígenes barrocos hasta sus formas cívicas decimonónicas, bajo la lente de la tradición, el autor pudo observar justamente los elementos de ruptura y de continuidad. De esta forma, el carácter de los sermones insurgentes, o sea, el hecho de que su principal objetivo haya sido no la condena rabiosa del enemigo sino la glorificación de la causa rebelde, quedó puesta de relieve en toda su importancia a la luz del discurso septembrino.

A este respecto parece pertinente plantear la pregunta acerca de las razones que explican esto último, es decir, por qué el sermón insurgente se decantó por la conmemoración más que por la diatriba. ¿Porque para ello los rebeldes vieron como un medio más efectivo la prensa? ¿Porque las condiciones técnicas y materiales de la insurgencia no eran muy a propósito para escribir y publicar textos de ese género? ¿O porque visionariamente los insurgentes vieron en el carácter mítico del discurso glorificador un poderoso elemento de convencimiento ideológico?

Por otro lado, si como afirma Herrejón, el sermón y su predicador cumplían funciones de intermediarios culturales, ¿qué tan efectivos eran en su desempeño? Yo tengo para mí que el sermón, en tanto discurso pronunciado en el púlpito por un hombre de la Iglesia, podía mover fácilmente los espíritus y los corazones. Pero no todos los sermones fueron originalmente prédicas cristianas dichas en el templo, y los que lo fueron, al volverse texto escrito, se alejaban

progresivamente como señala el autor “de la vida del momento y lugar en que fueron pronunciados”.

Yo sé que éste no es un tema que se haya planteado el autor. Pero no puedo dejar de preguntarme qué tanta labor de convencimiento hicieron los sermones, habida cuenta que constituían concreciones literarias del arte de la persuasión. ¿Qué tanto le deben a estas piezas oratorias el debido amor al rey y el necesario afianzamiento del despotismo? ¿Cuánto aminoró la embriaguez, la liviandad y la lascivia gracias al estilo conceptista de Andrés de Arce y Miranda o a la elocuencia moralizante de fray Diego de Bringas?

En este orden de ideas, ¿qué relación puede plantearse entre efectividad persuasiva y periodo cultural del sermón? Esa hipotética relación no es evidente necesariamente, pues el culto guadalupano conoció una “continua apoteosis”, tanto en la época colonial como en el siglo XIX, con independencia de sus expresiones literarias. No obstante, forma es fondo como decía el poeta Díaz Mirón, mucho antes que el político Reyes Heróles, así que es dable plantear la cuestión: la predicación a la moderna, alejada del sentido figurado y el alegorismo, ¿tuvo mayor éxito en su propósito de convencimiento que el sermón barroco? ¿Y lo tuvo menos respecto del talante romántico y cuasi secular del discurso cívico? ¿O perdió fuerza éste al brincar del púlpito a la plaza pública?

Por lo que respecta al discurso cívico septembrino, me ha parecido un gran acierto establecer una línea de continuidad entre éste y el sermón barroco y neoclásico novohispano. De esa forma queda muy claro cuánto le debe y cuánto se aleja el primero del segundo, en sus formas y en sus temas. Queda claro por ejemplo que se inaugura un nuevo género y una nueva tradición, y sobre todo se inicia la construcción del mito fundante de la nación.

En este punto resulta fundamental la observación del autor de que fueron los propios rebeldes quienes dieron el primer paso, con el sermón patriótico de Francisco Lorenzo de Velasco, en ocasión del cumpleaños de Miguel Hidalgo, pronunciado en fecha tan temprana como 1812. Se hace hincapié, así, en una especie de axioma de toda revolución: que son ellas y sus hijos, en primer lugar, quienes secretan

su propio discurso justificativo; quienes se lanzan en la construcción afanosa de sus principios legitimadores.

El libro de Carlos Herrejón no sólo arroja luz, pues, sobre la historia de los sermones y los discursos cívicos en tanto expresiones literarias del discurso retórico, lo que es ya decir mucho, pues se trata de un vasto campo de la cultura hasta entonces descuidado. Pero lo hace también sobre la historia social del periodo colonial tardío, sobre la historia de la llamada guerra de independencia y sobre los azarosos primeros años de la construcción de México como nación. Yo creo que por todo ello debemos felicitarnos y felicitar sobre todo al autor.

Marco Antonio Landavazo

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

